

RUINAS URBANAS COMO ARCHIVOS DE VIOLENCIAS. INFRAESTRUCTURA, DESAGÜE Y VIOLENCIAS TERRITORIALES EN EL VALLE DE MÉXICO

ARIANA MENDOZA-FRAGOSO

Instituto de Investigaciones Sociales
Universidad Nacional Autónoma de México (IIS UNAM)
México

Aceptado para publicación el 18 de octubre de 2025

Resumen

Este artículo propone una lectura crítica de las ruinas urbanas como archivos materiales de violencias territoriales persistentes. A partir de una etnografía situada en colonias colindantes al Gran Canal de Desagüe en el municipio de Ecatepec de Morelos, al norte del Valle de México, y de una revisión documental de infraestructuras hidráulicas novohispanas y modernas se analiza cómo estas ruinas —no monumentalizadas— permiten rastrear procesos históricos de despojo, desplazamiento y precarización socioambiental. El texto se centra en el caso de “El Dique”, un nodo urbano donde confluyen restos de compuertas, canales y albarradones con nuevas autopistas elevadas y otras infraestructuras más recientes. A través del recorrido con Irene Barrera, una líder comunitaria que resistió el desalojo de su vivienda, se despliega una mirada situada sobre el paisaje urbano como archivo de violencias. La investigación cuestiona el lenguaje patrimonial estatal, que tiende a monumentalizar el pasado y omitir las violencias que lo produjeron, y propone, en cambio, pensar las ruinas como huellas activas que condensan temporalidades superpuestas y disputas por la memoria. Metodológicamente el artículo articula observación participante, entrevistas y revisión historiográfica de obras como el Gran Canal de Desagüe, el albarradón de San Cristóbal y la Casa del Real Desagüe. Teóricamente dialoga con los estudios críticos del patrimonio, la antropología de la infraestructura y los estudios poscoloniales de la ruina (Stoler, Gordillo, Gnecco, Huyssen, Rufer) para proponer una lectura disidente de la urbanización periférica. El argumento central sostiene que

estas ruinas no son vestigios pasivos ni objetos nostálgicos, sino ensamblajes materiales que permiten leer el presente como un tiempo abierto, conflictivo y en disputa. Así, el artículo contribuye a los estudios críticos del patrimonio y la ruina desde contextos urbanos marginales del sur global al mostrar cómo las ruinas del desagüe revelan las violencias que, paradójicamente, sostienen la promesa de modernidad.

Palabras clave: infraestructura hidráulica, desagüe del Valle de México, ruinas urbanas, archivo, violencias.

URBAN RUINS AS ARCHIVES OF VIOLENCE. INFRASTRUCTURE, DRAINAGE, AND TERRITORIAL VIOLENCE IN THE VALLEY OF MEXICO

Abstract

This paper proposes a critical reading of urban ruins as material archives of persistent territorial violence. Based on an ethnography conducted in neighborhoods adjacent to the Gran Canal de Desagüe (Great Drainage Canal) in the municipality of Ecatepec de Morelos, north of the Valley of Mexico, and a documentary review of colonial and modern hydraulic infrastructure, it analyzes how these ruins—not monumentalized—allow us to trace historical processes of dispossession, displacement, and socio-environmental precarity. The text focuses on the case of “El Dique” (The Dike), an urban node where remnants of locks, canals, and causeways converge with new elevated highways and other more recent infrastructure. Through a journey with Irene Barrera, a community leader who resisted eviction from her home, a situated perspective unfolds on the urban landscape as an archive of violence. This research challenges the state's heritage language, which tends to monumentalize the past and omit the violence that produced it. Instead, it proposes considering ruins as active traces that condense overlapping temporalities and disputes over memory. Methodologically it combines participant observation, interviews, and a historiographical review of works such as the Gran Canal de Desagüe (Great Drainage Canal), the albarradón de San Cristóbal (San Cristóbal Causeway), and the Casa del Real Desagüe (Royal Drainage House). Theoretically it engages with critical heritage studies, the anthropology of infrastructure, and postcolonial studies of ruins (Stoler, Gordillo, Gnecco, Huyssen, Rufer) to propose a dissident reading of peripheral urbanization. The central argument maintains that these ruins are not passive vestiges or nostalgic objects, but rather material assemblages that allow us to interpret the present as an open, conflictive, and contested time. Thus, it contributes to critical studies of heritage and ruins from marginalized urban contexts in the Global South, showing how the ruins of the drainage system reveal the violence that paradoxically underpins the promise of

modernity.

Keywords: hydraulic infrastructure, Mexico City drainage system, urban ruins, archive, violence

RUÍNAS URBANAS COMO ARQUIVOS DE VIOLENCIA. INFRAESTRUTURA, DRENAGEM E VIOLENCIA TERRITORIAL NO VALE DO MÉXICO

Resumo

Este artigo propõe uma leitura crítica das ruínas urbanas como arquivos materiais de violência territorial persistente. Baseado em uma etnografia realizada em bairros adjacentes ao Gran Canal de Desagüe (Grande Canal de Drenagem) no município de Ecatepec de Morelos, ao norte do Vale do México, e em uma revisão documental da infraestrutura hidráulica colonial e moderna, analisa como essas ruínas —não monumentalizadas— permitem rastrear processos históricos de desapropriação, deslocamento e precariedade socioambiental. O texto se concentra no caso de “El Dique” (O Dique), um nó urbano onde remanescentes de comportas, canais e diques convergem com novas rodovias elevadas e outras infraestruturas mais recentes. Através dum a jornada com a Irene Barrera, uma líder comunitária que resistiu ao despejo de sua casa, desdobra-se uma perspectiva situada sobre a paisagem urbana como um arquivo de violência. Esta pesquisa desafia a linguagem patrimonial do Estado que tende a monumentalizar o passado e omitir a violência que o produziu. Em vez disso, propõe-se considerar as ruínas como vestígios ativos que condensam temporalidades sobrepostas e disputas sobre a memória. Metodologicamente combina observação participante, entrevistas e uma revisão historiográfica de obras como o Gran Canal de Desagüe (Grande Canal de Drenagem), o albarreadón de San Cristóbal (Calçada de San Cristóbal) e a Casa del Real Desagüe (Casa do Real Canal de Drenagem). Teoricamente dialoga com os estudos críticos do patrimônio, a antropologia da infraestrutura e os estudos pós-coloniais de ruínas (Stoler, Gordillo, Gnecco, Huyssen, Rufer) para propor uma leitura dissidente da urbanização periférica. O argumento central sustenta que essas ruínas não são vestígios passivos ou objetos nostálgicos, mas sim conjuntos materiais que nos permitem interpretar o presente como um tempo aberto, conflituoso e contestado. Assim, contribui para os estudos críticos do patrimônio e das ruínas em contextos urbanos marginalizados no Sul Global, mostrando como as ruínas do sistema de drenagem revelam a violência que, paradoxalmente, sustenta a promessa da modernidade.

Palavras-chave: infraestrutura hidráulica, sistema de drenagem da Cidade do México, ruínas urbanas, arquivo, violência

Introducción

Luego de meses de movilización el 23 de diciembre de 2020, elementos de la policía del Estado de México desalojaron violentamente a la última familia que aún habitaba el predio conocido como “El Dique”, en Ecatepec de Morelos, municipio ubicado al norte de la Zona Metropolitana del Valle de México. Esta familia había resistido el acoso y la criminalización por parte de la empresa constructora que, desde 2018, presionaba para desplazar sus viviendas y concluir la edificación de la Autopista Urbana Siervo de la Nación, una vía rápida elevada y de cuota que conecta el norte de la Ciudad de México con el nuevo Aeropuerto Internacional Felipe Ángeles, inaugurado en 2022, mismo año en que también se inauguró la autopista.

El Dique recibe su nombre por haber sido históricamente un punto estratégico de contención y regulación de flujos de agua, al menos desde la época novohispana, cuando varios lagos se traslapaban y desbordaban durante la temporada de lluvias. Hoy sigue siendo un lugar clave, pero en la distribución de flujos viales que se anudan en este punto y que han disciplinado a gran parte de la población que, cuando no ha sido desplazada, permanece viviendo a ras de suelo, bajo la sombra de las nuevas infraestructuras viales que les pasan por encima.

Como parte de sus movilizaciones entre 2018 y 2020, las familias afectadas por el desalojo de El Dique y activistas aliados/as exigieron a las autoridades ambientales sancionar a la empresa constructora por la tala de cientos de árboles antiguos ubicados en un predio contiguo al asentamiento, nombrado por los vecinos como el “Bosque de El Dique”. Además, junto a promotores/as culturales locales, historiadores/as y cronistas del municipio, solicitaron la intervención del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), argumentando que la obra violaba la Ley Federal de Monumentos Históricos al poner en riesgo diversos sitios y edificaciones históricas.

Una mañana de marzo de 2024 conocí a Irene Barrera, una de las líderes de las movilizaciones y miembro de la familia que resistió hasta el último momento el desalojo. Lo que inicialmente imaginé como una entrevista en algún restaurante de la plaza comercial contigua a la estación del Mexibús donde convenimos encontrarnos, se convirtió en un recorrido por “lo que queda de El Dique”: una invitación que me hizo para mostrarme explícitamente cómo “Aquí había. ¡Hay todavía! —corrigió— mucho patrimonio, muchas ruinas de gran valor histórico, algo que a nuestro gobierno no le interesó, así como nosotros tampoco le importamos” (Irene Barrera, comunicación personal, 28 de marzo de 2024). Irene me condujo por un recorrido entre compuertas, canales, puentes, estaciones de tren y otros restos de infraestructuras, principalmente asociadas a construcciones hidráulicas novohispanas y decimonónicas que, aunque distintas en tecnología, técnica y estética, compartían el objetivo de regular, separar o (re)conducir las aguas de los lagos del norte de la cuenca de México que aquí confluyan, para evitar las inundaciones que asediaban a la capital.

El interés de Irene en mostrarme estos sitios con “gran valor histórico” —a los que a veces aludía como patrimonio— responde también al impulso de diversas personas que trabajan localmente en la investigación y promoción cultural del municipio. Estas personas difunden en redes sociales y grupos de estudio investigaciones y datos sobre los sitios que Irene me mostró, y que ella retoma como referencia al compartir la historia de esas ruinas.

Algunos de estos/as promotores/as culturales del municipio se sumaron en su momento a la resistencia contra el desalojo de El Dique, de ahí que uno de los argumentos frente a la construcción de la autopista girara en torno a la defensa del patrimonio. Pero más allá de esa coyuntura estos/as actores/actrices mantienen un interés sostenido en destacar el valor patrimonial de este territorio. Una labor que puede entenderse como un esfuerzo por desmantelar el imaginario construido en torno a Ecatepec como un lugar marginal, sin más que ofrecer —incluso como objeto de estudio— que violencia.

Esto me ha quedado claro en el marco de mi investigación sobre violencias entrelazadas en este municipio. En los acercamientos que he tenido con estos/as promotores/as culturales se me ha cuestionado —incluso apelando a un supuesto “deber” que “como nativa del municipio” debo asumir— el riesgo de seguir reproduciendo el estigma de Ecatepec como un lugar violento. Incluso se me ha sugerido que, como antropóloga, me convendría más enfocarme en otros temas que ayuden a reivindicar la imagen del territorio: fiestas, costumbres, historias locales de “nuestrxs pueblos originarios” o los contados sitios arqueológicos que se encuentran en la Sierra de Guadalupe. Son temas en los que la mayoría de estos grupos trabaja con el objetivo explícito de fortalecer la identidad y el sentido de pertenencia comunitaria frente a los procesos de violencia que han precarizada la vida de la población en las últimas décadas.

No obstante, contra lo que podría parecer, leer el patrimonio desde sus ruinas no implica eludir la violencia, sino abrir una vía crítica para rastrear sus huellas materiales, sedimentadas en el paisaje urbano. Esa fue la invitación de Irene, quien, más que llevarme por un *tour* de ruinas patrimoniales celebradas por el Estado, me condujo a leer en el paisaje de “lo que queda” las huellas del paso de múltiples procesos de despojo y destrucción.

En este texto me aventuro a hacer una lectura de las violencias a partir de las ruinas, poniendo bajo cuestión la noción de patrimonio. A contracorriente de lo que los/as promotores/as culturales del municipio sostienen considero que pensar el territorio ecatepense en clave patrimonial, más que ser una evasión de temas espinosos, instala una serie de preguntas relevantes para pensar las sutiles relaciones entre memoria, ruina y violencia. Nos permite transitar de la idea de este territorio como un lugar intrínsecamente violento a la de un territorio históricamente producido por múltiples procesos de violencia, no solo social sino también ambiental.

Así, más que reconstruir la historia social de estas infraestructuras en el momento de su construcción o explicar cómo devinieron en ruina me interesa pensar su persistencia, su capacidad de seguir produciendo afectos y afectaciones. Pero, sobre todo, exploró su potencia para generar formas disidentes de mirar este territorio. A partir de la etnografía que realizo desde finales de 2023 en colonias colindantes al Gran Canal de Desagüe en Ecatepec, y de una revisión documental centrada en algunas infraestructuras hidráulicas y urbanas ubicadas en un nodo clave del proceso de urbanización del norte del Valle de México, el objetivo de este artículo es ofrecer una lectura crítica de este paisaje de ruinas urbanas como indicios materiales de las violencias intermitentes que allí se han sedimentado y que configuran una temporalidad abierta. Esto permite pensar la producción de violencias territoriales, la ambivalencia de la infraestructura y la disputa por la memoria en los márgenes urbanos.

Desde esta perspectiva el argumento que sostengo es que las ruinas de Ecatepec configuran un ensamblaje de infraestructuras coloniales y modernas que se sedimentan en el paisaje urbano y configuran violencias territoriales persistentes. Es decir, permiten leer el presente como un tiempo superpuesto, conflictivo y en disputa, pero también permiten especular sobre el futuro. Estas ruinas no son índices de cierre ni de épica posible. En ellas las promesas de progreso y modernidad de su época de construcción se entrelazan con el despojo, la contaminación, el abandono y el desplazamiento. No obstante, las inundaciones continúan, también los hundimientos del suelo y la escasez de agua; la ingeniería sigue ideando soluciones para mantener la ciudad seca y construir más puentes viales, mientras se acumulan nuevas ruinas.

En este sentido el artículo se inscribe en los estudios críticos del patrimonio desde la perspectiva de la temporalidad de las infraestructuras y la producción de ruinas del progreso. Esta mirilla permite leer la materialidad de los entornos urbanos y la forma en que producen y entrelazan múltiples violencias. A su vez, permite explorar las formas ambivalentes y controvertidas que adquieren los procesos patrimoniales en contextos urbanos marcados por la precariedad —socioambiental y política— y por la búsqueda de pertenencia, cohesión social y reparación de traumas colectivos. Pensar con y desde las ruinas es, aquí, un gesto disidente: una forma de leer la urbanización periférica no como un proyecto acabado, sino como un campo de tensiones, afectos y violencias que se sedimentan y se reactivan. Una forma de desmantelar la narrativa lineal del progreso y de especular, desde las ruinas, sobre lo que podría venir.

¿De qué ruinas hablamos?

Durante nuestro recorrido me sorprendió que Irene nombrara estos sitios como ruinas. Lo hizo usando los marcadores discursivos de lo que Rufer (2023) identifica como la “pedagogía nacional”, fundada en nociones conservacionistas y patrimonialistas de la ruina.

Como ha señalado Elizabeth Ferry (2002) el Estado mexicano se reproduce a través de la preservación y administración de sustancias y artefactos reclamados como patrimonio nacional —como el petróleo, los minerales o los monumentos antiguos—, al tiempo que genera colectividades paralelas que, aunque a veces compiten con él, dependen del lenguaje patrimonial para legitimar su lugar en la nación. Los/as emprendedores/as del patrimonio ecatepense que he mencionado, incluida Irene, forman parte de esas colectividades: para ellas el lenguaje patrimonial es clave tanto para sostener un sentido de identidad colectiva como para reclamar al Estado por el despojo y el abandono.

Sin embargo, las ruinas urbanas de las que hablo aquí no son ruinas de vitrina. No provocan nostalgia por el pasado —o no para todas las personas—. Durante el recorrido con Irene no solo visitamos “lo que queda” de antiguas construcciones porfirianas; también caminamos bajo la “nueva” autopista que desplazó su hogar, entre montículos de sedimentos salinos dejados por la antigua empresa paraestatal que explotaba el suelo del lago de Texcoco para producir sosa cáustica. Esquivamos automóviles que transitan velozmente por avenidas que ignoran a los peatones, y atravesamos con dificultad la maraña de puentes, canales y entronques viales en que se ha convertido El Dique en los últimos años. En ese gesto Irene formuló una provocación implícita: “Aquí no hay pirámides, pero sí hay otras ruinas”. Desde esta perspectiva introduce una incomodidad en el lenguaje de gubernamentalidad de la ruina patrimonial: ¿por qué estas no son —o aún no son— ruinas del Estado? ¿Será porque se trata de infraestructuras hidráulicas ordinarias, destinadas a transportar lo que se quiere desechar? ¿O porque son ruinas invisibilizadas por el paso del tiempo y ensombrecidas por la infraestructura moderna? Este señalamiento también abre otra fisura: ¿por qué, si tenemos tantas ruinas, nos marginan, nos arrinconan, nos pasan por encima? Parafraseando a Rufer (2023) el llamado de Irene fue más que una invitación a un recorrido: fue un gesto para leer de otro modo lo que ya está dado, lo que obviamos, no solo en términos espaciales, sino también temporales. El tono de su invitación —a pensar con y desde las ruinas, a rastrear entre las infraestructuras urbanas y hurgar en lo que queda de otras temporalidades y emprendimientos materiales— activó en mí una mirada distinta sobre este paisaje urbano al que ya me había habituado. La pedagogía nacional con la que Irene juega al nombrar y comparar estas ruinas con el patrimonio de la nación refracta las violencias del Estado —colonial, nacional, neoliberal—.

Esta propuesta teórico-metodológica se inscribe en una línea crítica que concibe las ruinas como efectos materiales de la “producción de la destrucción” (Stoler, 2008); no como residuos pasivos, sino como formas activas de violencia que continúan operando en el presente. En diálogo con Gastón Gordillo (2015) pienso estas infraestructuras abandonadas como restos del progreso, ensamblajes que revelan la negatividad del desarrollo capitalista y estatal. Esta lectura retoma a Theodor Adorno (1973), quien entiende la ruina como una expresión espacial de la negatividad; no solo lo que fue, sino lo que sigue operando como fractura.

Pero la comprensión de la ruina que propongo aquí no se limita a su persistencia material. El reclamo de Irene —“¡Aquí hay muchas ruinas!”— está vinculado con la experiencia de la ruina que, como señala Alejandro Haber (2023), es siempre una “experiencia de la simultaneidad de tiempos”, una negación material, corporal y vivencial de la linearidad vectorial del tiempo. Las ruinas no remiten, únicamente, al pasado ni se agotan en la nostalgia por lo que ya no es. Están situadas, como propone Cristóbal Gnecco (2023), en un:

umbral ontológico: no son el pasado, pero lo representan; no son el presente, pero están en él. Su valor radica precisamente en esa liminaridad, que no es solo conceptual: son materialidades indudables, pero su potencia está en lo que evocan, en lo que dicen haber sido, en lo que ocultan y en lo que anuncian. “Las ruinas callan justo aquello que las volvió ruinas”. (Gnecco, 2023, p. 478)

Esa mezcla de tiempos —esa simultaneidad inquietante— es también lo que les confiere una potencia política. Como sugiere Andreas Huyssen (2023), las ruinas pueden ser leídas como alegorías que cuestionan e, incluso, cancelan la utopía moderna de libertad y progreso. En su deterioro nos recuerdan que esas utopías pueden ser frágiles y violentas. Las ruinas testifican la gloria y los logros técnicos de los tiempos coloniales y modernos, pero también exhiben su cara oscura: muestran, al tiempo que ocultan, el poder destructor del que son víctimas.

En suma, este artículo no entiende las ruinas como vestigios pasivos ni como objetos nostálgicos del pasado monumental, sino como huellas materiales vibrantes de violencias territoriales de largo aliento. A diferencia del patrimonio, que tiende a estabilizar el sentido y a monumentalizar el tiempo, la ruina —en su ambivalencia y apertura— permite leer lo que el lenguaje patrimonial neutraliza: las fracturas, los residuos, las violencias que persisten.

El desagüe detrás de las ruinas épicas

El Centro Comunitario Ecatepec Casa de Morelos es un punto de referencia —y para algunos, incluso, un símbolo identitario— para los habitantes de Ecatepec de Morelos, municipio que comparte con este lugar la alusión al apellido del héroe insurgente José María Morelos y Pavón, fusilado en esta casona en 1815. Monumento histórico nacional resguardado por el INAH, suele ser valorado como “lo único de cultura y de historia que hay aquí en el municipio”, como me comentó orgulloso uno de sus vigilantes. No obstante, este conjuro patrimonial que exalta el heroísmo, el patriotismo y la historia nacional suele velar una historia más añeja, compleja y abyecta: la del desagüe de la cuenca. Mientras la narrativa del héroe ha sido aprovechada por gobiernos municipales, promotores culturales e, incluso, por la población para destacar las riquezas arquitectónicas de un territorio ávido por desmontar el imaginario de violencia y marginación otra historia —

menos atractiva, pero igualmente constitutiva— permanece oculta: la de aguas negras y desechos, de tubos y zanjas, de explotación humana y ambiental.

La Casa de Morelos, antes conocida como Casa del Real Desagüe de San Cristóbal, fue construida en 1765 para albergar a virreyes y al personal técnico encargado de inspeccionar y reparar las obras hidráulicas que protegían a la Ciudad de México de las inundaciones. Como ha documentado Rubén Santiago (2002) esta casa fue clave en la planificación urbana novohispana y su historia está íntimamente ligada al sistema de drenaje que transformó, radicalmente, la ecología del Valle de México, dominado por lagos y pantanos, entre ellos el de Texcoco —el de mayor extensión y profundidad— donde se fundó Tenochtitlán en 1325. La capital colonial, erigida en el mismo sitio, enfrentó frecuentes inundaciones tras la destrucción del sistema hidráulico prehispánico durante la conquista¹. A partir del siglo XVI, los colonos españoles restauraron o idearon nuevas infraestructuras —basadas en técnicas y trabajo indígena— para proteger la ciudad. Aquí se engarza la historia de la Casa de Morelos con la historia ambiental de esta urbe, pero también con otra ruina menos espectacular: el albarraón de San Cristóbal Ecatepec, una de las construcciones más importantes entre los diques coloniales, creada para detener las inundaciones que asolaban la capital.

Tras las trágicas inundaciones de 1604, el virrey Marqués de Montesclaros encargó a los franciscanos la reparación de calzadas prehispánicas y la edificación del albarraón de San Cristóbal², un dique-calzada con un muro de entre cuatro y seis metros de altura que fue construido en material de piedras de *tezontle* pegadas con argamasa de cal y arena en un sorprendente período de cuatro meses; esa rapidez, según Alain Musset (2002) a partir de datos de Torquemada, se debió a que el virrey hizo abuso de la mano de obra indígena. El albarraón regulaba las aguas del norte de la cuenca, evitando que el río Cuautitlán alimentara la laguna de Zumpango; el río desembocaba en Xaltocan y San Cristóbal y, finalmente, en Texcoco y la laguna de México. Esta conexión provocaba desbordamientos e inundaciones en la capital. Para aliviar la presión se construyeron compuertas a lo largo de sus 4.5 kilómetros que se abrían progresivamente hasta llegar a una gran compuerta tripartita. Torquemada la definió como una “obra de romanos” por su monumentalidad y por la participación de más de veinte mil indígenas en condiciones de trabajo esclavo: “La de San Christoval fue mucho maior y más prolja obra y a los que la

1 Véase el trabajo de Rojas *et al.* (1974) que documenta cómo los grupos prehispánicos del valle de México desarrollaron sofisticadas infraestructuras hidráulicas —como calzadas y diques— para controlar el flujo de aguas, evitar inundaciones y separar las aguas salinas del lago de Texcoco de las dulces de Chalco y Xochimilco. Destaca el albarraón de Nezahualcóyotl (1449), diseñado para contener las aguas del Texcoco y prevenir desbordamientos.

2 Hay una discusión abierta en torno al origen de la construcción del albarraón. El historiador Rubén Santiago (2002) argumenta que no hay garantías de que este dique sea de origen prehispánico, pero es posible suponer que existió como un importante camino. No obstante, desde un enfoque arqueológico autores como García (2018) argumentan que no hay evidencias concretas, ni en los materiales ni en las técnicas usadas en su construcción, que indiquen su existencia precolonial.

miran, no creen poderse hacer con poder humano por parecer imposible [...] Finalmente, después de acabadas entrambas cobraron nombre de obras romanas” (Torquemada, 1969, p. 728).

A pesar de su escala y rapidez el albardadón fue, desde su origen, una solución insuficiente. Ya entonces expertos del ramo hidráulico advertían que los diques no bastaban para contener las aguas de una cuenca cerrada en la que los cuerpos lacustres del norte —Zumpango, Xaltocan, San Cristóbal, Texcoco— se desbordaban unos sobre otros. La obra, celebrada por su épica técnica, parecía destinada a convertirse en ruina, no por el paso del tiempo, sino por la persistencia del agua y la imposibilidad de controlarla. Esa conciencia de límite impulsó una nueva escala de intervención: el proyecto de un desagüe general y perpetuo que expulsara las aguas fuera del valle. En ese contexto se inscribe la construcción de la Casa del Real Desagüe como parte de la infraestructura administrativa y simbólica de esa empresa colonial de desecación.

La Casa del Real Desagüe fue construida como sede para el personal encargado de inspeccionar y reparar las obras hidráulicas (Santiago, 2002). Su historia está ligada al proyecto iniciado en el siglo XVI, cuando el virrey Montesclaros propuso un “desagüe general y perpetuo”, retomando ideas de Gudiel y Arciniega frente a las inundaciones de 1555 y 1580 (Gurría, 1978). En 1607, tras una nueva inundación, el virrey Luis de Velasco impulsó el proyecto de Enrico Martínez que buscaba desviar las aguas hacia la cuenca de Tula (Miranda, 2019). Aunque el canal de Huehuetoca se concluyó en 1608 su falla en 1620 y la gran inundación de 1629 llevaron a convertir el sistema en un canal a cielo abierto (Candiani, 2012, 2014). Durante los siglos XVII y XVIII se excavaron canales que conectaban los lagos del norte con Nochistongo, prolongando las obras hasta 1789. En ese contexto la Casa del Real Desagüe se consolidó como punto estratégico para la planificación hidráulica novohispana (Santiago, 2002).

Aunque se intentó extender el desagüe hacia la ciudad en 1796, la guerra de Independencia interrumpió el proyecto (Candiani, 2012). La misión colonial de drenar el valle solo se “concluyó” dos siglos después con la construcción del Gran Canal de Desagüe, otra infraestructura que ha devenido en ruina y de la que hablaré más adelante. Así, la Casa del Real Desagüe forma parte de un ensamblaje de infraestructuras-ruinas que configuran el paisaje del desagüe. Su historia, sin embargo, ha sido desplazada por la narrativa heroica que la vincula con el fusilamiento de Morelos, dejando en sombra su papel en la transformación violenta del paisaje hídrico del norte de la cuenca, donde se sedimentan violencias territoriales y ecológicas que aún persisten.

Restos del albardadón y de sus compuertas aún pueden apreciarse al recorrer la Línea 3 del Mexibús, cuyo carril exclusivo corre paralelo a los escombros de esta antigua calzada-dique. La construcción de varias estaciones provocó la destrucción de algunos de sus segmentos. No obstante, para quienes viajan apretujados/as y atentos/as a posibles asaltos no es más que una vieja barda de *tezontle* que se cae a pedazos, conocida popularmente como “la muralla” en los tramos donde aún se distingue su altura.

La edificación que los/as arqueólogos/as han denominado “gran compuerta tripartita” debe buscarse, sin señalización alguna, en el patio trasero de la Casa de Morelos. Se encuentra a espaldas de una urbanización popular donde poco se conoce sobre la historia de esta ruina, que los/as vecinos/as llaman “el altar”, atribuyéndole una función evangélica más que hidráulica. Frente a ella el Circuito Exterior Mexiquense —cinturón vial de cuota— pasa veloz, ignorando su presencia. En ese predio, donde se tira basura y se teme al asalto, se yerguen olvidadas las compuertas de una infraestructura que fue celebrada como obra románica en su tiempo. Algunas han sido habitadas por personas en situación de calle, como ocurre con las que se encuentran sobre la antigua carretera a Pachuca. Las compuertas se diseminan, se pierden, se mezclan con otras formas de precariedad.

La épica hidráulica que rodeó al albarradón —su rapidez de construcción, su escala monumental, su carácter técnico— no le ha alcanzado para ser reconocido hoy como ruina digna de memoria. A diferencia de la Casa de Morelos, patrimonializada como sitio histórico por su vínculo con el héroe insurgente, la historia del desagüe asociada a esta edificación ha sido relegada a una condición abyecta. Lo mismo ocurre con el albarradón. Aunque algunos/as arqueólogos/as y promotores/as culturales comunitarios/as lo han defendido frente a su destrucción —por ejemplo, durante la ampliación de la carretera México-Pachuca y la construcción del Mexibús— su reconocimiento se ha centrado más en su valor arquitectónico (“obra de romanos”) o en su antigüedad que en el entramado histórico y territorial que lo sostiene.

Esta abstracción patrimonial, que celebra la ruina por su monumentalidad o por su edad, desactiva su potencia crítica. Se omite que el albarradón fue parte de un violento proceso de transformación de la cuenca, una operación colonial de desecación que reconfiguró los cuerpos de agua del norte del Valle de México. En este punto del municipio se encontraban la laguna de San Cristóbal, la laguna de Xaltocan y el lago de Texcoco conectados por flujos que se desbordaban unos sobre otros. Las ruinas arquitectónicas del desagüe —el albarradón, la Casa del Real Desagüe— se sobreponen a las ruinas de esos cuerpos de agua que hicieron posible y fueron resultado de la ingeniería hidráulica colonial. Estas ruinas, lejos de ser vestigios pasivos, permiten leer el presente como un tiempo superpuesto, conflictivo y en disputa. Son huellas activas de un proceso de despojo hídrico y territorial que continúa. Su invisibilización patrimonial no es casual. Responde a una lógica que celebra al héroe y a la monumentalidad, pero que omite las violencias que hicieron posibles esas ruinas. En este cruce de aguas y de ruinas se sedimenta una historia que aún interpela.

La zanja del progreso: las ruinas poco atractivas de la modernidad decimonónica

Es usual que cuando alguien visita la Casa de Morelos actualmente, ya sea para conocer el museo o asistir a un taller o evento cultural, termine fastidiada/o por el hediondo olor a

drenaje que impregna el ambiente, sobre todo al medio día o en época de calor. Lo mismo sucede con los mosquitos que acechan con su picadura, sobre todo en época de lluvias. Esto se debe a que a escasos 300 metros de la casona se encuentra el Gran Canal de Desagüe, una zanja de unos 60 metros de ancho y 20 de profundidad por la que corren, lentamente, flujos espesos de aguas negras. Desde el Puente de Fierro, otro edificio emblemático del municipio ubicado justo a un costado de la casona, puede verse —no sin vértigo— la mezcla de desechos orgánicos e inorgánicos que este canal transporta en la actualidad.

El Gran Canal, de cuarenta y ocho kilómetros de largo, representó una maravilla de la ingeniería cuando fue inaugurado (por adelantado a la conclusión de las obras) por el entonces presidente Porfirio Díaz en 1900. Como ha argumentado Manuel Perló (1999, p. 78) esta obra representó la encarnación material de la "modernidad" prometida por Díaz. Fue pomposamente celebrada por finalmente culminar la campaña iniciada por Enrico Martínez en el siglo XVII, quien lideró el primer intento para crear una salida artificial a la cuenca cerrada del Valle de México. Este proyecto amplió estos esfuerzos previos radicalmente.

El Gran Canal hizo parte de un proyecto mucho más amplio iniciado en 1886 y denominado "Desagüe general del valle", un sistema de canales y túneles no solo alimentado por los ríos y lagos que cruzaban su ruta, sino también por un nuevo y moderno sistema de alcantarillado para la capital, inaugurado en 1903, que recogía las aguas pluviales y las aguas residuales de la ciudad y las vertía en el inicio del Gran Canal, ubicado al oriente de la Ciudad de México, en la garita oriental de San Lázaro. Desde ahí continúa hacia el norte, pasando entre las faldas del lado oriente de la Sierra de Guadalupe y la orilla occidental del Lago de Texcoco. Poco antes del kilómetro 20, a la altura del paraje de El Dique, donde recibía antiguamente las aguas del lago de Texcoco, cambia de dirección hacia el noroeste. El Gran Canal atravesó de forma diagonal al lago de San Cristóbal, por lo que se intersecta con el antiguo albarreadón de San Cristóbal. Más adelante también cruzó parte del lago de Xaltocan y otra del lago de Zumpango. Finalmente, desemboca al sur de la población de Zumpango, cambiando de dirección hacia el norte para llegar a su interconexión al principio del túnel de Tequixquiac, que conduce las aguas negras hacia Tula, Hidalgo. Por lo menos 20 kilómetros del Gran Canal cruzan (en gran parte de su trazo partiendo en dos) el territorio del actual municipio de Ecatepec.

En el paraje denominado "El Dique" se localizan los restos de otra infraestructura de ingeniería hidráulica que formó parte de las obras del desagüe del Valle de México: las Compuertas del Lago de Texcoco, inauguradas en 1906. Esta obra consistía en tres placas móviles que, al levantarse, formaban un orificio entre su borde inferior y que hacían la función de "gobernar las aguas del lago", es decir, reducían y conducían el caudal por intermedio de unas caídas (SCOP, 1910). Las aguas salobres de Texcoco eran conducidas hacia las compuertas para luego ser depositadas en el llamado Canal de Sales que las vertía en el Gran Canal del Desagüe, con el que entronca en su kilómetro 20. El cuarto de

máquinas de estas compuertas,³ una pequeña edificación de tabique rojo estilo neoclásico, con ventanas y puertas decoradas con mármol blanco, es lo único que resalta de esta infraestructura en el actual paisaje de El Dique que, como ya mencioné, hoy día es un lugar que no solo conecta el flujo de aguas, sino también el caótico flujo vehicular de la zona, lo que lo ha convertido en solo un lugar de tránsito (Rivero, 2021a).

En el recorrido que realicé con Irene en 2024 nos costó trabajo cruzar la avenida Carlos Hak González que nos separaba de la edificación de las compuertas y su única vía de acceso. No hay cruces peatonales, ni puentes, ni semáforos y del otro lado esta obra se encuentra cercada por la autopista conocida como Circuito Exterior Mexiquense. Hoy día poca gente recorre a pie este lugar; todavía menos son las interesadas en esta ruina que, a inicios del siglo pasado, era un punto de referencia para políticos reconocidos, incluidos presidentes, que acudían a inspeccionar las obras del desagüe (Rivero, 2024)⁴ y en donde, incluso, se realizaban paseos dominicales y excursiones escolares para mostrar los avances tecnológicos del gobierno porfiriano (Perló, 1999).

No obstante, el Gran Canal estuvo siempre en proceso de convertirse en ruina. Ya en 1925 el ingeniero Roberto Gayol vaticinó que el Gran Canal se estaba hundiendo junto con el resto de la ciudad debido a la sobreexplotación de agua del subsuelo. El problema era realmente alarmante; no sólo el hundimiento era generalizado, sino que era diferenciado en magnitud. La cuenca de Texcoco se alzaba con mucha prisa acechando regresar sus aguas a la capital mientras que el hundimiento del valle le quitaba al Gran Canal su pendiente y su capacidad, por lo que tuvo que intervenirse ampliándolo, adecuándole terraplenes e incorporándole estaciones de bombeo casi desde el mismo momento en que fue inaugurado. Además, la ciudad crecía continuamente sin que su sistema de drenaje lo hiciera en proporción. Fue así que en 1967 comenzó a construirse el Drenaje Profundo, una infraestructura bajo tierra que pudiera librarse de los efectos del hundimiento de los suelos; hoy en día es la principal infraestructura de desagüe de la ciudad (Chahim, 2021).

Para evacuar sus “desechos” la zona metropolitana de Ciudad de México requiere de un sistema de drenaje compuesto por túneles (drenaje profundo), canales y ríos convertidos en afluentes de aguas negras en el que el Gran Canal de Desagüe representa el 10% de su capacidad. El resto le corresponde al drenaje profundo (Conagua, 2015). Estas

3 En el interior del cuarto de máquinas, según la descripción de Angélica Rivero (2021), se observan tres mecanismos de manivelas, ejes y engranajes para abrir y cerrar las tres compuertas. Dos de estos mecanismos conservan una placa rectangular de hierro forjado que ostenta la información de las cinco compañías norteamericanas oriundas de Nueva York que las construyeron. En la parte inferior del cuarto de máquinas se ubican tres arcos y columnas de basalto negro y gris de las compuertas. Las paredes del canal de desfogue también están cubiertas con bloques de basalto negro y gris. En la parte inferior de la fachada noroeste tiene una placa de mármol de forma rectangular con un marco de granito con el siguiente texto: “S. C. y O. P. Comision Hidrografica. Compuertas del lago de Texcoco. Julio de 1906”.

4 Está documentada la visita que realizó el presidente de la república Francisco I. Madero a estas compuertas en enero de 1912 para supervisar las obras del desagüe del Valle de México. Una vez arribados a la estación del tren El Canal Madero y sus acompañantes se dirigieron a las Compuertas del Lago de Texcoco, suceso del cual la Mediateca del INAH cuenta con fotos que dejan ver todavía el cuerpo de agua del lago de Texcoco que comenzaba a menguar por los efectos del desagüe. Después fueron conducidos a la Casa de los Virreyes o Casa de Morelos.

infraestructuras, a ras o por debajo del suelo, atraviesan la periferia nororiental del valle pues hacia allá se dirige la expulsión de estas aguas: a Tula, Hidalgo. El norte del valle continúa siendo “destino” y “paso” de los desechos de la ciudad, pero mientras el drenaje profundo transporta las aguas de la ciudad por debajo de nuestros pies el Gran Canal, a ras de suelo y a cielo abierto, es actualmente para Ecatepec la principal infraestructura de drenaje a la que no solo se conectan los drenajes domésticos, sino también industriales del municipio. Es una infraestructura construida hace casi 150 años para desaguar la ciudad que dejó de cumplir, eficientemente, con su función pocos años después, pero que, sin embargo, es ineludible en la cotidianidad del municipio ecatepense, pero no solo por su utilidad para el desalojo de los desechos, sino por los problemas que representa en la cotidianidad de las y los habitantes. El Gran Canal, siempre en proceso de descomposición, ha pasado, gradualmente, de ser una promesa de modernidad, de resguardo y seguridad ante las inundaciones para los/as gobernantes y planificadores/as de la ciudad a ser un elemento habitual de las familias que fueron asentándose en sus orillas en el proceso de urbanización popular del municipio durante las décadas de 1950 y 1960; también es un lugar de peligro y amenaza. De manera ambivalente el Gran Canal, además de desagüe, es uno de los principales vertederos de la basura municipal; también es la posibilidad de un espacio para la vivienda de muchas familias pobres que se han asentado en sus orillas.

En otros trabajos he dado cuenta de los heterogéneos relatos y experiencias de violencia, miedo e inseguridad que giran en torno a este canal (Mendoza-Fragoso, 2024). Actualmente es una infraestructura que coproduce desigualdades y violencias: fracturando, contaminando, marginando a la población y convirtiéndose en lo que la periodista Lydiette Carrión (2018) ha nombrado como una “fosa de agua” en la que las madres, sobre todo, buscan a sus hijos e hijas desaparecidas. Los/as colectivos/as *Uniendo Esperanzas* y *Red de Madres Buscando a sus Hijos* suelen realizar jornadas de búsqueda en puntos donde se sedimentan sus flujos, allí donde se convierten en lodos y montañas de basura entre los cuales rastrean indicios de cuerpos humanos.

El Gran Canal de Desagüe, con su trazo monumental y su promesa de progreso, encarna una modernidad decimonónica que buscó transformar el ecosistema lacustre del norte del valle, considerado entonces foco de enfermedades y atraso. Fue una obra que materializó el afán de sanear, ordenar y civilizar el paisaje, expulsando sus aguas hacia la periferia para garantizar el desarrollo de la capital y de la nación. Sin embargo, esta infraestructura, que alguna vez fue celebrada por su ingeniería y por su papel en la consolidación del Estado moderno, ha devenido en una ruina no reconocida, sin valor patriomonial ni estético. A excepción de sus compuertas neoclásicas en Texcoco y Zumpango lo que persiste del canal es una zanja abierta, abandonada, que transporta desechos, inseguridad y muerte. Su invisibilización no es casual; responde a una lógica que celebra la monumentalidad y el orden, pero que omite las violencias que hicieron posible esa transformación. En su forma actual el Gran Canal no solo sedimenta los residuos de la ciudad,

sino también las huellas de un proyecto de colonización de la naturaleza y del agua que sigue produciendo desigualdades y violencias en los territorios que atraviesa. Reconocer estas ruinas como parte de nuestra historia implica mirar más allá de la estética y pre-guntarnos por las formas materiales como la modernidad se inscribió en el paisaje y por las vidas que quedaron atrapadas en sus flujos.

Arquitecturas de cruce: (des)conexiones, memorias y ruinas desplazadas

A lo largo del trazado del Gran Canal la necesidad de reconectar lo que había sido separado se volvió urgente. El canal zanjó pueblos, ríos, caminos carreteros, vías férreas y senderos vecinales obligando a construir puentes para restablecer la movilidad entre sus orillas. Desde entonces la (des)conexión ha sido una constante en el paisaje hidráulico del norte del valle (Connolly, 1997; Rivero, 2020).

Uno de los caminos afectados fue la ruta México-Pachuca que en el siglo XVIII motivó la edificación de la Casa del Real Desagüe por su ubicación estratégica. A finales del siglo XIX el trazo del Gran Canal interrumpió esta vía y en 1895 se construyó un puente de hierro en el kilómetro 22 para restituirla. Con estructura de acero fundido en Inglaterra —de un solo claro de 33 metros de largo por 6 de ancho— este puente, conocido como Puente de San Cristóbal, resistía el paso de vehículos y se distinguía por su ingeniería (Connolly, 1997).

En la década de 1940, la SCOP reconstruyó el puente, colocó dos estructuras gemelas y lo renombró como Puente Ingeniero Ernesto Uriegas en honor al titular de la Dirección Nacional de Obras. En ese momento el crecimiento económico del país se materializaba en la expansión de infraestructuras urbanas y la ingeniería era símbolo de modernidad. Sin embargo, tras el acelerado proceso de urbanización en la segunda mitad del siglo XX el puente dejó de ser suficiente. En la década de 1960 se construyó otro más ancho y resistente que en 2000 fue convertido en el Centro Cultural Puente del Arte (Rivero, 2020). Cerró sus puertas en 2016 y hoy permanece obsoleto, olvidado. Este devenir —de infraestructura estratégica a centro cultural y luego a ruina— ilustra cómo los dispositivos arquitectónicos que alguna vez encarnaron el ideal modernizador han sido desplazados por nuevas formas de movilidad y consumo urbano, perdiendo su función y su sentido patrimonial. Lo mismo ocurre con otros puentes ferroviarios de la misma época, construidos para el Ferrocarril Mexicano (dinamitado por el ejército zapatista en 1925) y el Ferrocarril Hidalgo y Nordeste (Rivero, 2021a). Ambos fueron reconstruidos y luego abandonados, ubicados sobre el Gran Canal entre el paraje El Dique y la avenida Carlos Hank González, cerca de las Compuertas del Lago de Texcoco.

Cronistas/as y estudiosos/as locales que me han guiado por estos sitios insisten en su restauración. Consideran que estos puentes —y la estación de tren cercana, hoy ocupada por personas en situación de calle, muchas de ellas migrantes— son monumentos históricos de valor cultural incommensurable. Son los únicos puentes ferroviarios que

sobreviven del sistema de desagüe del siglo XIX. Sin embargo, su valor simbólico no ha sido reconocido institucionalmente. A pesar del trabajo de difusión de colectivos/as locales no hay eco entre autoridades ni entre la mayoría de los/as pobladores/as, quienes perciben estos espacios como peligrosos y los evitan. Este contraste revela una lógica patrimonial selectiva que celebra ciertas infraestructuras por su capacidad de evocar modernidad —como el Puente de Fierro, que recibe visitas esporádicas de familias ecatepenses o turistas atraídos por su imagen monumental en internet— mientras otras, como los puentes ferroviarios y el canal, son relegadas por su materialidad incómoda, por su asociación con desechos, migración, abandono y violencia. Estas arquitecturas del cruce no solo conectan lo que el canal fragmentó; también condensan las tensiones entre memoria, olvido y aspiración patrimonial en un territorio marcado por las huellas de una modernidad que prometió progreso, pero dejó fracturas abiertas. Este puente, ubicado a escasos metros de la Casa de Morelos, ha sido promovido en campañas turísticas como símbolo patrimonial del municipio. Su estructura metálica, asociada al rumor de haber sido diseñada por el arquitecto de la Torre Eiffel, ha sido utilizada para vincular el territorio con una estética aspiracional del norte global. En contraste, el Gran Canal —la infraestructura que hizo posible la urbanización y el progreso al norte del valle— ha quedado relegado. La espectacularidad del puente eclipsa la zanja que lo motivó: una infraestructura construida por dagas inglesas y por la empresa *Pearson & Son* que transformó el ecosistema de humedales, considerados entonces focos de enfermedad y atraso.

Los puentes, como dispositivos arquitectónicos que buscaban superar la fragmentación espacial provocada por el canal, se han multiplicado con el avance de la urbanización. Pero en ese proceso han contribuido a invisibilizarlo. El Gran Canal está oculto bajo el tránsito vehicular y no hay cruces peatonales. Las personas cruzan como pueden: por vías del tren, tubos o puentes deteriorados. Pero esa invisibilización no es total. Justo debajo del Puente de Fierro el hundimiento diferencial del suelo ha generado una especie de columpio geológico: una depresión donde la materia negra que transporta el canal se espesa, se detiene, se acumula. Este estancamiento —producto de la geología, del abandono y de la sobreexplotación del subsuelo— ha convertido el lugar en un punto estratégico para la búsqueda de personas desaparecidas. Allí donde el flujo se interrumpe y se sedimenta colectivos/as como Uniendo Esperanzas rastrean indicios entre los lodos, en un umbral donde se cruzan la infraestructura del progreso y las violencias que persisten.

Los puentes construidos sobre el Gran Canal de Desagüe no son simples dispositivos de conexión; operan como arquitecturas simbólicas que reconfiguran la memoria territorial. En su forma física permiten superar la fragmentación espacial provocada por el canal; en su dimensión simbólica borran la infraestructura que los motivó y encarnan las contradicciones de una modernidad que transformó el ecosistema lacustre del norte del valle. Algunos, como el Puente de Fierro, han sido investidos como emblemas patrimoniales y turísticos, mientras que el canal —asociado a desechos, cuerpos y violencias—

permanece como ruina desplazada. En este paisaje los puentes no solo conectan lo que el canal fragmentó; también borran y reconfiguran la forma como se recuerda, se transita y se representa el territorio. Mientras el Gran Canal permanece como una zanja funcional, pero invisibilizada —sin valor estético ni reconocimiento patrimonial— el Puente de Fierro ha sido investido con una narrativa aspiracional que lo vincula con la arquitectura europea. Esta operación simbólica revela cómo ciertas infraestructuras son celebradas por su capacidad de evocar modernidad mientras otras —como el canal que hizo posible su existencia— son relegadas por su materialidad incómoda, por su asociación con desechos, con cuerpos, con lo que se quiere expulsar. Los puentes se convierten en monumentos fallidos de una modernidad que no logró suturar las fracturas que produjo, pero que sigue operando en el paisaje como promesa, como ruina y como umbral.

Anudamiento de ruinas y violencias

Irene tenía razón: en Ecatepec hay muchas ruinas. Hasta aquí mi intención ha sido mostrar cómo, a través de sus escombros y huellas materiales, se configura un paisaje de desagüe que se ha producido —y se sigue produciendo— en la periferia norte de la metrópoli del Valle de México. Aunque este ejercicio de rastreo se aproxima a la arqueología urbana se distancia de ella en un punto crucial: no se trata de identificar vestigios para su clasificación patrimonial, sino de leer las ruinas como huellas activas de una transformación territorial violenta, aún en curso.

Las que he rastreado se concentran en un área de no más de siete km² y su localización ha requerido revisar mapas satelitales, documentos institucionales, informes de excavaciones arqueológicas y, sobre todo, preguntar a transeúntes/as, vecinos/as, choferes, vendedores y vendedoras callejeras. Se trata de ruinas no consagradas, desvestidas, pequeñas trampas de lo cotidiano (Rufer, 2023). Su observación exige pericia; son fragmentadas, dispersas, obtusas. No hay explanadas, ni miradores, ni señaléticas. Las placas conmemorativas, si aún existen, apenas pueden leerse. Para encontrarlas hay que hurgar, no necesariamente bajo tierra, pero sí con otra profundidad, tras la obviedad del tránsito cotidiano.

Históricamente esta zona ha sido clave en la conexión de la Ciudad de México con el norte del país. La presencia de las ruinas aquí descritas da cuenta de ello. Hoy sigue siendo un nodo estratégico. En las últimas dos décadas múltiples avenidas, autopistas de cuota, puentes viales, líneas de transporte público, fraccionamientos y plazas comerciales se han superpuesto para intentar resolver un problema que persiste: el desorden urbano. Este se materializa en el trazado caótico, el tránsito colapsado, los asaltos al transporte público, la precarización de los servicios, la escasez de agua, la falta de empleo digno y las irregularidades estructurales del proceso de urbanización que dio origen al municipio. En este paisaje —que es forma, pero también contenido— se tensionan las ruinas de las

que he venido hablando. El canal, el puente, la estación, la casa, el dique, las compuertas, los tubos que recorren el subsuelo transportando aguas negras: todos son restos de un sistema hidráulico que ha sido intervenido, ampliado, enterrado, olvidado. Las ruinas coloniales se sobreponen con las de la modernidad decimonónica y con las de las políticas neoliberales recientes. Más que un nodo este es un lugar nudo: aquí no solo se interconectan flujos y procesos, sino que se superponen y se tensan tiempos y violencias sedimentadas. Cada una de estas edificaciones es un monumento al desagüe, a la transformación socioambiental que ha sufrido esta cuenca y de la que somos resultado. El paraje de El Dique y el paisaje del desagüe en el que se inscribe son muestra clara de este palimpsesto de violencias. Según la cronista municipal: “Por antaño tradición oral se sabe que el paraje conocido como ‘El Dique’ era un área rica en mantos acuíferos, donde brotaba agua dulce que era aprovechada para el cultivo de hortalizas” (Rivero, 2021b). En las memorias de las Obras del Desagüe se menciona que durante la construcción del puente del Ferrocarril Hidalgo y Nordeste se encontró una fuente de agua dulce que no pudo ser obstruida y que, finalmente, fue entubada (Junta Directiva del Desagüe, 1902).

Esa abundancia hídrica explica la fertilidad del huerto de la familia de Irene Barreira, antes de que el llamado “Bosque de El Dique” fuera arrasado y sus habitantes desalojados para dar paso a una nueva autopista. También explica las complicaciones actuales de las colonias aledañas: hundimientos, baches, inundaciones, contaminación del agua potable por rupturas en la red hidráulica causadas por socavones. Esta abundancia contrasta, sin embargo, con la escasez de agua que afecta a todo el municipio, donde la crisis hídrica es palpable desde hace más de una década.

Así, junto a las violencias más explícitas que se entraman en este paisaje —desalojos, contaminación, precariedad—, se despliega una historia más profunda y enredada de flujos de “violencias lentas” (Nixon, 2011): violencias que se sedimentan en el territorio a lo largo del tiempo, que operan por acumulación y cuyas causas y consecuencias son difíciles de rastrear. Aunque Nixon desarrolló este concepto sobre todo para el caso de las afectaciones a la salud humana y ambiental de la exposición a tóxicos en este caso no se trata sólo de cuerpos expuestos a ambientes contaminados, sino de un territorio entero transformado por el desagüe de la cuenca, por la urbanización forzada y el despojo. Leer este paisaje como un archivo material de ruinas superpuestas permite reconocer esas violencias de largo aliento. Más que ruinas concluidas lo que aquí se acumula son trabajos inacabados, tiempos superpuestos, huellas de una modernidad que no cierra, sino que se desborda. Estas ruinas hablan de la potencia de lo abierto, de la tenaz voluntad con la que las violencias territoriales producen huella. Hablan de violencias anudadas.

Conclusiones

Pensar con y desde las ruinas, como propuso Irene en su recorrido, es más que una estrategia metodológica. Es un gesto disidente que permite leer el territorio desde sus fisuras, sus persistencias y sus superposiciones temporales. En Ecatepec las ruinas hidráulicas no son vestigios de un pasado clausurado, sino huellas activas que sedimentan violencias territoriales y disputas por la memoria. Son ruinas que no se exhiben en vitrinas ni se celebran en campañas turísticas, pero que siguen produciendo afectaciones materiales, simbólicas y políticas. Este artículo ha propuesto una lectura situada de estas ruinas como ensamblajes de infraestructuras coloniales, decimonónicas y contemporáneas que configuran un paisaje de desagüe marcado por el despojo, la contaminación y el desplazamiento. Más que reconstruir la historia social de su construcción me ha interesado pensar la vida después de ellas: su ruina, su persistencia, su capacidad de seguir produciendo formas de habitar y de resistir. Las ruinas no son solo testigos del paso del tiempo, sino indicios de una temporalidad abierta, conflictiva y en disputa.

Leer el paisaje urbano a través de estas ruinas también permite reconocer las transformaciones ambientales y ecológicas dramáticas que ha sufrido este territorio. El Dique, que alguna vez fue parte de un sistema lacustre con abundancia de agua, hoy se encuentra en una zona paradigmática por su escasez hídrica. Las ruinas hidráulicas que lo rodean no solo evocan un pasado de ingeniería y control del agua, sino que evidencian la paradoja de un territorio que pasó de contener el exceso a padecer la falta. Esta transición —de lo lacustre a lo árido, del manejo comunitario al despojo infraestructural— es parte de la violencia lenta que este artículo busca visibilizar. El paisaje urbano de Ecatepec se revela como un archivo vivo de violencias intermitentes en el que las promesas de modernidad se entrelazan con los rastros del abandono. Las ruinas aquí no evocan nostalgia, sino incomodidad; no ofrecen épica, sino preguntas. ¿Por qué, si tenemos tantas ruinas, nos marginan, nos arrinconan, nos pasan por encima?, preguntaba Irene. Esa pregunta, que interpela tanto al Estado como a los lenguajes patrimoniales, es también una invitación a mirar con otros ojos.

Esta reflexión se inscribe en los estudios patrimoniales desde el sur global propone una mirada crítica a la materialidad de las infraestructuras y a las formas ambivalentes que adquiere el patrimonio en contextos de precariedad y disputa. También dialoga con los estudios urbanos, la historia ambiental y las epistemologías territoriales que buscan leer la violencia más allá de sus expresiones explícitas, reconociendo sus formas lentas, sedimentadas y espaciales. El artículo aporta una metodología para leer el paisaje como archivo, útil para pensar otros territorios marcados por infraestructuras fallidas, promesas incumplidas y ruinas que siguen operando.

Las ruinas de Ecatepec permiten pensar la ciudad no como un proyecto acabado, sino como un campo de tensiones, afectos y violencias que se sedimentan y se reactivan.

Leerlas es, también, una forma de imaginar otros futuros posibles. El paisaje del desagüe en Ecatepec no es solo un archivo de lo que fue, sino una advertencia sobre lo que podría venir. En ciudades donde lo proyectado —autopistas, aeropuertos, fraccionamientos— se convierte en ruina antes de ser destino la pregunta que queda abierta es: ¿de qué ruinas del futuro nos habla este paisaje? Y, sobre todo, ¿qué formas de mirar, habitar y resistir pueden surgir desde ellas?

Agradecimientos

Este artículo fue realizado gracias al Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica de la DGAPA UNAM en el marco del proyecto de investigación “*Flujos de agua, sedimentaciones de violencia: infraestructura y desagüe como dispositivos de desigualdad al norte del Valle de México*” con clave IA300825. Agradezco profundamente a Irene Barrera, así como a las personas dictaminadoras anónimas, cuyas observaciones y sugerencias enriquecieron significativamente el argumento y la estructura de la versión final de este artículo.

Referencias bibliográficas

- Adorno, Theodor. (1975). *Dialéctica negativa*. Taurus.
- Candiani, Vera (2012). The Desagüe reconsidered: Environmental dimensions of class conflict in colonial Mexico. *Hispanic Historical Review*, 92(1), 5–39. <https://doi.org/10.1215/00182168-1470959>
- Candiani Vera (2014). *Dreaming of dry land: environmental transformation in colonial Mexico's City*. Stanford University Press.
- Carrión, Lydette (2018). *La fosa de agua: desapariciones y feminicidios en el Río de Los Remedios*. Debate.
- Chahim, Dean (2021). Flood control politics: engineering, urban growth, and disaster in Mexico City [Tesis doctoral no publicada]. Stanford University.
- Conagua-Comisión Nacional del Agua (2015). *Atlas de agua en México*. Autor.
- Connolly, Priscilla (1997). *El contratista de don Porfirio: obras públicas, deuda y desarrollo desigual*. El Colegio de Michoacán.
- Ferry, Elizabeth (2002). Inalienable commodities: the production and circulation of silver and patrimony in a Mexican mining cooperative. *Cultural Anthropology*, 17(3), 331–358. <https://anthrosource.onlinelibrary.wiley.com/doi/pdf/10.1525/can.2002.17.3.331>
- García, Raúl (2018). El albarradón de Ecatepec: Estrategias de investigación y resultados, de un caso paradigmático de la arqueología de salvamento, en el área urbana de la cuenca de México. *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, 3(1), 903–933. <https://doi.org/10.55695/>

- Gnecco, Cristóbal (2023). Epílogo invadido por ruinas. En Cristóbal Gnecco y Mario Rufer (eds.), *El tiempo de las ruinas* (pp. 475–480). Universidad de los Andes-Universidad Autónoma Metropolitana.
- Gordillo, Gastón (2015). Barcos varados en el monte: restos del progreso en un río fantasma. *Runa*, 36(2), 25-55.
- Gurría, Jorge (1978). *El desagüe del valle de México durante la época novohispana*. UNAM. Haber, Alejandro (2023). La ruina del tiempo o la flor del cardón. En Cristóbal Gnecco y Mario Rufer (eds.), *El tiempo de las ruinas* (pp. 55–67). Universidad de los Andes- Universidad Autónoma Metropolitana.
- Huyssen, Andreas (2023). La nostalgia de las ruinas. En Cristóbal Gnecco y Mario Rufer (eds.), *El tiempo de las ruinas* (pp. 139–155). Universidad de los Andes-Universidad Autónoma Metropolitana.
- Junta Directiva del Desagüe (1902). *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del Valle de México, 1449-1900* (Vols. I-III). Tipografía de la Oficina Impresora de Estampillas.
- Mendoza-Fragoso, Ariana (2024). Ecatepec y sus cuerpos (de agua) desaparecidos: Territorio de esperanza y sacrificio. *Bajo el Volcán. Revista del Posgrado de Sociología*. BUAP, 6(11), 132–163. <https://doi.org/10.32399/ICSYH.bvbuap.2954-4300.2024.6.11.780>
- Miranda, Sergio (2019). Desagüe, ambiente y urbanización de la Ciudad de México en el siglo XIX. *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, 40(159), 31–72. <https://doi.org/10.24901/rehs.v40i159.701>
- Musset, Alain (2002). El desagüe evangélico: Carmelitas, jesuitas y franciscanos frente a las inundaciones de México (1607–1691). En Patricia Ávila (ed.), *Agua, cultura y sociedad en México* (pp. 49–61). El Colegio de Michoacán.
- Nixon, Rob (2011). *Slow violence and the environmentalism of the poor*. Harvard University Press.
- Perló, Manuel (1999). *El paradigma porfiriano: Historia del desagüe del valle de México*. UNAM.
- Rivero, Angélica (2020). El Puente de Fierro de San Cristóbal Ecatepec sobre El Gran Canal del Desagüe. *Boletín Crónicas, Historia y Cultura de Ecatepec*, 1(8), 1–20. https://cronicashistoriayculturadeecatepec.com/boletin_2021/
- Rivero, Angélica (2021a). Los puentes de fierro del Ferrocarril Mexicano y Ferrocarril Hidalgo y Nordeste. *Boletín Crónicas, Historia y Cultura de Ecatepec*, 3(30). https://www.cronicashistoriayculturadeecatepec.com/boletines_pdf/b_8.pdf
- Rivero, Angélica (2021b). Las compuertas del lago de Texcoco. *Boletín Crónicas, Historia y Cultura de Ecatepec*, 3(29), 1–14. https://www.cronicashistoriayculturadeecatepec.com/boletines_pdf/b_9.pdf
- Rivero, Angélica (2024). Visita del presidente Francisco I. Madero a las compuertas del lago de Texcoco. *Boletín Crónicas, Historia y Cultura de Ecatepec*, 5(55), 1–9. https://www.cronicashistoriayculturadeecatepec.com/boletines_pdf/b_55.pdf
- Rojas, Teresa (1974). *Aspectos tecnológicos de las obras hidráulicas coloniales en el valle de México*. [Tesis de licenciatura no publicada]. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Rojas, Teresa; Strauss, Rafael y Lameiras, José (1974). *Nuevas noticias sobre las obras hidráulicas*

prehispánicas y coloniales en el Valle de México. INAH, SEP.

- Rufer, Mario (2023). Entrada. Aquí también hay ruinas. En Cristóbal Gnecco y Mario Rufer (eds.), *El tiempo de las ruinas* (pp. 11-24). Universidad de los Andes-Universidad Autónoma Metropolitana.
 - Stoler, Ann (2008). Imperial debris: reflections on ruins and ruination. *Cultural Anthropology*, 23(2), 191-219.
<https://doi.org/10.1111/j.1548-1360.2008.00007.x>
 - Santiago, Ruben (2002). *La calzada de San Cristóbal y la Casa del Real Desagüe de San Cristóbal Ecatepec* [Tesis de licenciatura no publicada]. Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
 - SCOP-Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas (1910). *Excursión a las obras del desagüe del Valle de México, en honor del C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, encargado del Poder Ejecutivo de la Nación.* Autor.
 - Torquemada, Juan (1969). *Monarquía india* (Vols. I-VII). UNAM.
-

Ariana Mendoza-Fragoso

<https://orcid.org/0000-0002-6354-5433>
arianamendoza@sociales.unam.mx



Investigadora Asociada “C” Tiempo Completo en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Doctora en Antropología por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Maestra en Gestión Sustentable del Agua por El Colegio de San Luis (COLSAN) y Licenciada en Desarrollo y Gestión Interculturales por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Realizó una estancia posdoctoral en la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), unidad Cuajimalpa. Su tesis doctoral obtuvo el premio Fray Bernardino de Sahagún 2023 que otorga el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en el área de Antropología Social. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías (CONAHCYT). Ha impartido clases de licenciatura en distintas facultades de la UNAM entre las que destacan la Facultad de Filosofía y Letras, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y la Facultad de Arquitectura. A nivel posgrado ha impartido clases en el Doctorado en Humanidades de la UAM-Cuajimalpa, en el Doctorado en Antropología de CIESAS y en los posgrados de Ciencias de la Sostenibilidad y Antropología de la UNAM. Ha participado en proyectos de investigación-incidencia sobre el tema del agua y la restauración de sistemas socio ecológicos en el marco de los Programas Nacionales Estratégicos (PRONACES) del CONAHCYT. Actualmente desarrolla el proyecto “Flujos de agua, sedimentaciones de violencia: infraestructura y desagüe como dispositivos de desigualdad al norte del Valle de México”. Sus líneas de investigación son conflictos y problemas socioambientales, ecología política, estudios sociales del agua, territorio y territorialidades, historia ambiental urbana, violencia y medioambiente, antropología de la infraestructura, antropología poshumana y de las materialidades.

